

Ventura CAÑIZARES DEL REY, *Colección Diplomática (569-1463)*, ed. de Manuel Rodríguez Sánchez y Oscar González Murado, Lugo, Ediciones Diócesis de Lugo, d.l. 2012 (Collectanea Lucensia), 405 págs. ISBN: 978-84-938333-0-5

El patrimonio documental de la iglesia lucense es rico e importante, circunstancia que no resulta novedosa en el panorama de las diócesis gallegas, a pesar del sinuoso y adverso devenir de los siglos modernos. Lo que ha llegado hasta nosotros, en gran medida, se debe al celo y voluntarismo personal de las distintas generaciones de eclesiásticos que se encargaron de custodiar, con más o menos fortuna, los archivos catedralicios.

Sin embargo, la Colección Diplomática de la catedral de Lugo está todavía por hacer. Y eso que hace más de cien años el canónigo de la sede lucense –luego lo sería de Compostela– Ventura Cañizares del Rey había comenzado la ardua tarea de localizar, comparar y transcribir los documentos catedralicios de Lugo para preparar la edición crítica de sus pergaminos. A pesar de ser santanderino de nación, parece que por sus venas corría sangre gallega, y su ministerio pastoral en la diócesis acrecentó su entusiasmo por rendir este tributo académico a su tierra de acogida. No fue su único fruto intelectual, ya que también colaboró en el “Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Lugo”. Un ejemplo más, entre muchos, de grandes gallegos de adopción a quienes los naturales del país debemos rendir merecido homenaje.

Ventura Cañizares pertenece a esas generaciones hoy prácticamente extinguidas de sabios formados en amplios saberes humanísticos, filosóficos y teológicos. Estas generaciones, a pesar de haber contribuido al progreso cultural español, no se promocionan en la actual sociedad europea que viene profesando desde hace ya muchos años paradigmas utilitaristas y relativistas, a los que

hay que sumar pragmatismos ideológicos de todo tipo.

Ventura Cañizares era *de otra época*, del llamado positivismo historiográfico, que insistía en que la realidad del pasado estaba en los documentos, en las fuentes históricas. Estas tendrían que ser analizadas metódica y críticamente para saber discernir lo verdadero de lo que no lo es, proceso global empírico que antaño se denominó en terminología científica como “heurística”. El contexto historiográfico en el que se había fraguado esta corriente no era extraño a la búsqueda de leyes generales universales, acción desarrollada hacia décadas en la Europa del historicismo; esta tendencia filosófica reducía la realidad humana a su historicidad o condición histórica, con Leopold von Ranke como máximo exponente. En España el positivismo cuajaría décadas más tarde, ya en la segunda mitad del siglo XIX y sobre todo en los inicios del XX, con Eduardo de Hinojosa o Claudio Sánchez-Albornoz. La quimera positivista de la *realidad del pasado* puso de manifiesto que los documentos –en Cañizares los manuscritos, particularmente– son esenciales en la construcción del discurso histórico. De ahí precisamente la importancia de los paleógrafos, científicos que se encargan de transcribir con rigor académico los documentos, siguiendo un método o crítica documental con unas pautas o normas más o menos flexibles. Los documentos –así también lo concebiría Cañizares– serían el medio, no el fin, del historiador. Y aunque setenta años después del fallecimiento del canónigo lucense-compostelano el campo científico de las llamadas Ciencias y Técnicas Historiográficas se ha ampliado mucho –por ejemplo en las líneas de investigación

derivadas de la “función social de la escritura”— estas nuevas perspectivas de estudio jamás deben eclipsar o deslucir la ingrata pero irrenunciable tarea de edición de fuentes, calificada en algunos círculos académicos como “erudición clásica” o simplemente “tradicional”.

La obra que ahora se presenta es, sin embargo, una colección documental *sui generis*, debido a que se trata en realidad de “una transcripción de una transcripción”: el canónigo-archivero Cañizares dejó transcritos casi 600 documentos en más de 1.300 cuartillas de papel, que un sucesor suyo en el archivo catedralicio, el recordado don Amador López Valcárcel, ordenó con un imperfecto criterio cronológico en cuatro volúmenes. El primero de ellos, con casi centenar y medio de documentos, la mayoría de los siglos X y XI, es el que se acaba de publicar bajo el cuidado de los sacerdotes don Manuel Rodríguez Sánchez, doctor en Lenguas Clásicas y bibliotecario del Seminario de Lugo, y del doctorando Óscar González Murado, licenciado en Estudios Eclesiásticos y en Historia de la Iglesia. Pero, a pesar de lo que puede parecer, la tarea de los editores no ha sido ni sencilla ni apresurada: cada transcripción ha sido revisada —aunque se ha mantenido algún arcaísmo en las transcripciones como la “v” con valor vocálico— y las notas eruditas de Cañizares completadas cuando se ha considerado necesario. Las últimas setenta páginas del volumen se dedican a los completos e imprescindibles índices onomástico, toponímico, de “cosas notables” y de documentos, que redondean un trabajo editorial impecable.

Junto a Ventura Cañizares, Lugo contó con excelentes historiadores, eclesiásticos muchos de ellos: baste recordar a fray Pablo Rodríguez, autor del *Tumbo Nuevo* de la catedral lucense en los inicios del siglo XVIII, o el propio canónigo José Vicente Piñeiro, que compuso pocas décadas después unas *Memorias* y *Colección Diplomática para la historia de la Ciudad e Iglesia de Lugo*, que

todavía se conservan en el archivo de la catedral. Todos ellos contribuyeron a afianzar con criterios más acordes a la fidelidad de las fuentes el primer monumento historiográfico lucense, el clásico *Argos Divina* del canónigo Juan Pallares y Gayoso, obra impresa en 1700. Ya en los dos últimos siglos, los injustamente olvidados José Villa-amil y Castro, Antolín López Peláez, Manuel Amor Meilán o Inocencio Portabales historiaron en diferentes aportaciones, todas ellas sostenidas por la solidez de las fuentes documentales, el Lugo medieval.

Esta rica tradición historiográfica continuó en las últimas décadas, si bien ahora ya con un mayor peso de historiadores ajenos a la esfera eclesial: junto a los sacerdotes Antonio García Conde, Francisco Vázquez Saco, Nicandro Ares Vázquez o el recientemente fallecido Jaime Delgado, conviene resaltar los estudios de Santiago Jiménez, María de las Nieves Peiró o Pilar Solís. A ellos se suman de manera destacada el equipo formado por la recordada paleógrafa María José Portela Silva y el P. José García Oro, que gracias a la documentación de la Tesis doctoral de la primera, basada en la transcripción e indización de casi millar y medio de documentos capitulares lucenses de los siglos XIV y XV, publicaron *La iglesia y la ciudad de Lugo en la Baja Edad Media* en el Anejo 24 de estos *Cuadernos de Estudios Gallegos*.

En tiempos de serias dificultades económicas —la crisis en la promoción de las Ciencias Humanas en general y de las históricas en particular ya vienen de años más lejanos— la iniciativa amparada por la Diócesis de Lugo, con la puesta en marcha de la colección *Collectanea Lucensia*, resulta especialmente acertada. Todavía más, si cabe, cuando prácticamente han concluido otros empeños editoriales, como la valiosísima *Colección de fuentes leonesas* patrocinada por una extinta caja de ahorros del viejo reino leonés, o la paralización de la serie *Fontes para a Historia de Galicia*, que no con demasiado entusiasmo había puesto en mar-

cha hace ya más de veinte años la sección de Patrimonio del *Consello da Cultura Galega*. Y es que en tiempos de tribulación duele contemplar cómo proyectos sólidos y madurados caen con el mismo rigor que otros de escasa calidad generosamente subvencio-

nados, dirigidos por aficionados o diletantes que practican un intrusismo científico y académico.

Ojalá que la *Collectanea Lucensia* no sea un paso aislado, sino el primero de un camino nuevo y científicamente solvente.

Pablo S. Otero Piñeyro Maseda
Instituto de Estudios Gallegos "Padre Sarmiento"
CSIC – Xunta de Galicia